
LA RETÓRICA EN EL PASADO Y AHORA

Comencemos pensando dónde estamos ahora... y volvamos a la pregunta de cómo llegamos aquí. Aunque ya no enseñemos ni estudiemos retórica como lo hacían nuestros antepasados, nos servimos de ella mucho más que en cualquier otro periodo histórico. Consideremos las condiciones en que vivimos a comienzos del siglo XXI. El comercio, la política, la vida social y cultural tienen un carácter extraordinariamente retórico.

A los políticos les gusta decirnos que vivimos en una «economía del conocimiento», es decir, en una economía retórica. Cuando el cuello del trabajador medio occidental pasó de azul a blanco durante el siglo pasado, el valor que tenían para él las artes persuasivas aumentó proporcionalmente. Los libros de retórica de nuestra época se encuentran en la sección de «empresa» en las librerías: libros que prometen enseñar al aspirante a magnate cómo ganarse a sus jefes o a su equipo (el *manage up* y *manage down*) con las *habilidades sociales* adecuadas, cómo crear el *ethos* de una empresa, cómo *transmitir su mensaje*. Hay que decir que es un verdadero milagro que entre los más admirados e imitados gurús de la comunicación haya tan pocos que parezcan interesados, siquiera a un nivel básico, en una comunicación efectiva.

El gigantesco avance del capitalismo industrial ha aportado nuevas herramientas a la retórica. El sector de la publicidad (y, ya en nuestra época, sus auxiliares, las relaciones públicas y el marketing) emplea un lenguaje extremadamente figurativo y explota el ethos y el pathos. ¿Qué es la sintonía de un anuncio sino un *sound bite* aplicado al comercio?

Entretanto, Internet, probablemente la invención humana más importante desde la imprenta, lleva el proceso un paso más allá. La comunicación persuasiva ya no es un territorio acotado de profesionales, sean estos políticos, locutores o anunciantes. Cualquiera que disponga de un ordenador conectado a la red puede comunicarse instantáneamente —mediante la palabra escrita o hablada— con una audiencia potencial de millones de personas. Los blogs y videoblogs, así como las discusiones *online* que se desarrollan en los comentarios del público y los chats han dado lugar a nuevos tropos y figuras, y nuevos usos a los que ya existían. Gracias al alcance de nuestras tecnologías, vivimos en la que quizá sea la era más argumentativa de la historia.

Y gracias en parte a esas tecnologías estamos asistiendo a la vacilante expansión de las instituciones democráticas en zonas que han vivido durante años bajo dictaduras o semi-dictaduras. Mientras escribo este libro, en todo el norte de África y Oriente Próximo han surgido movimientos que reclaman la democracia, en lo que algunos han denominado «la primavera árabe». En Egipto, Yemen, Bahrein y Libia, cuando la gente reivindica la democracia está argumentando en pro del derecho a argumentar. Un mundo más democrático —con las instituciones legales que acompañan a la democracia— es un mundo más retórico.

Ahí es, curiosamente, donde comienza esta historia: hace dos mil quinientos años. También en una primavera, pero en este caso tuvo lugar en Siracusa. Próspera ciudad-Estado situada en el este de la isla de Sicilia, había soportado du-

rante años a una sucesión de tiranos. En el contexto clásico «tirano» solo significa gobernante absoluto, aunque eso no implica que además no fueran tiranos en el sentido moderno. En el 465 a. C. el último de aquellos tiranos —un tal Trasíbulo— fue derrocado después de once meses en el poder.

Imaginemos la imprevista llegada de la democracia a una población que no estaba preparada para ella. Lo mismo que en Irak tras la caída de Sadam Husein o en Rusia en los primeros días de la revolución, la desaparición del orden establecido dejó un vacío de poder. Se crearon feudos y medraron los matones locales. ¿Quién iba a garantizar los derechos de la propiedad? ¿Quién estaba al mando?

Según la tradición, un hombre llamado Córax —que, de acuerdo con algunas fuentes, había pulido sus dotes persuasivas como cortesano de Hierón, un tirano anterior— intervino rápidamente y contribuyó a crear cierta apariencia de orden.

Al llegar a la asamblea, donde todo el mundo se había reunido, empezó apaciguando a los elementos alborotadores y levantiscos con palabras amables y halagadoras. Después, empezó a calmar y a silenciar a la gente, y a hablar como si estuviera contando una historia, y a continuación resumió y recordó concisamente lo que había ocurrido antes, presentando ante sus ojos lo que se había dicho.

A estos momentos los denominaba «introducción», «narración», «argumento», «digresión» y «epílogo». Por medio de ellos consiguió convencer a la asamblea lo mismo que antes solía convencer a un hombre¹.

Los relatos que se han conservado, aunque someros, coinciden en que Córax fue el primero en establecer los preceptos del arte de la persuasión. Se le atribuye haber diferenciado las partes del discurso —cómo iniciarlo, presentar los

argumentos de forma ordenada y la conclusión— y haber enseñado su método a otros. Asimismo —y la importancia de esto no es desdeñable—, se cree que comprendió la noción esencial de que la retórica opera con la probabilidad más que con la certeza: deja espacio para la argumentación y es precisamente en ese espacio en el que florece el arte de la persuasión.

A Córax se le cita con frecuencia junto a un colega o discípulo llamado Tisias. De hecho, en algunos relatos parecen más o menos intercambiables y, según una versión del siglo v, Córax era el discípulo y Tisias el maestro. Pero sigamos el consenso mayoritario y supongamos que Tisias era el discípulo y Córax el maestro.

Según la tradición, tuvieron un conflicto sobre las condiciones de la instrucción de Tisias. Al parecer, Córax accedió a tomar a Tisias como alumno y el compromiso al que llegaron quizá sea el primer acuerdo de «se cobra si se gana» en la historia legal. Consistía en lo siguiente: si Tisias ganaba su primer caso, pagaría a Córax la cantidad estipulada por sus servicios; pero si lo perdía, Córax renunciaría a sus honorarios, pues su instrucción habría resultado inútil. Tisias recibió su instrucción, pero, en un aparente intento de estafar a su maestro, evitó ir a los tribunales. Al final, Córax se vio obligado a demandarle por el dinero que le debía.

Ante el tribunal, Córax sostuvo que si el juicio le era favorable, lógicamente debía recibir sus honorarios. Pero fue más allá y argumentó que, si lo perdía, Tisias habría ganado su primer caso y, por lo tanto, se cumplían los términos del acuerdo, por lo que también tendría que desembolsar la cantidad estipulada. En cualquier caso, argumentó Córax ingeniosamente, tendría que pagarle.

Tisias sostenía exactamente lo contrario. Si el juicio se decantaba a favor de Córax, ello significaría que él, Tisias, habría perdido su primer caso: por lo tanto, según lo acor-

dado, no tenía que pagarle. Y si ganaba el juicio, ello significaría que, según el tribunal, había descubierto las artes de la retórica a pesar de la instrucción de Córax, no gracias a ella. En cualquier caso, Córax podía olvidarse de sus honorarios.

Esta situación era nueva en los tribunales de la Siracusa del siglo v a. C. Así que el juez reflexionó largo y tendido y acabó por expulsar a los dos pronunciando las palabras: «*Kakou korakas kakon oon*», que significan «Mal cuervo, mal huevo» y han sobrevivido en el proverbio latino «*Mali corvi malum ovum*»: un testimonio inmemorial del descubrimiento de que es posible pasarse de listo.

¿Quién era Córax? La respuesta es oscura. La mayoría de las fuentes de este altercado legal son bizantinas —es decir, muy posteriores— y aunque Platón tenía conocimiento de un Tisias y Aristóteles menciona a Córax, apenas hay noticias de ellos en los diez siglos que transcurren entre su época y el siglo v d. C.

No obstante, un estudioso llamado Thomas Cole publicó un ingenioso ensayo especulativo en 1991². El nombre de Córax —lo que da una gracia añadida a la agudeza del juez— significa «cuervo» en griego y Cole comienza razonando desde el sentido común. Lo más probable —afirma— es que Córax fuera un sobrenombre: en la antigua Grecia los padres no tendían a llamar a sus hijos «cuervo» más que los actuales, y ¿cómo iba a ganarse la vida enseñando el arte de hablar en público alguien llamado «cuervo»?

Sus contemporáneos veían natural asociar el graznido de los cuervos con las actividades de un estafador ruidoso e incompetente (un poema que Píndaro leyó por primera vez en el 476 a. C., cuando Córax era un niño o un muchacho, comparaba a los malos poetas con cuervos graznando), por lo que es probable que recibiera ese nombre después de haber elegido su profesión y no antes.

«El epíteto quizá fuera burlón y despectivo o burlón y afectuoso al mismo tiempo —escribe Cole—. Es imposible saberlo. Pero si nos preguntamos cuál era su nombre antes de que se le llamara Córax, la respuesta es casi inevitable: Tisias».

Aquí es cuando el profesor Cole tiene su «momento Alan Partridge»: Tisias y Córax eran la misma persona. Admite que esta conclusión no convencerá a muchos, pero insiste en que, incluso si es improbable, parece adecuada: «¿Qué destino puede ser más apropiado para el supuesto fundador de la tradición retórica, con su centenario estudio del lenguaje figurado, que el descubrimiento último de que él mismo es nada más —o nada menos— que una figura del lenguaje?».

Lo que Córax comenzó Gorgias lo difundió por el mundo. Nacido en Leontini, un pueblo siciliano al norte de Siracusa, entre el 490 y el 480 a. C., alcanzó la edad de 109 años*. No sabemos mucho de su vida ni de su carrera y se especula, sin que se haya probado, que aprendió directamente de Córax.

Lo que sí sabemos es que en el 427 a. C., al principio de la guerra del Peloponeso, emigró a Atenas llevando consigo la retórica; allí se estableció como maestro y dio lugar a una especie de *big bang* de su especialidad. Una generación después Atenas estaba llena de maestros y practicantes de retórica.

No ha sobrevivido ninguno de los manuales de retórica de aquella época, pero sí disponemos de algunos ejemplos de la retórica de Gorgias. El más célebre es su encomio de Helena: un ingenioso intento de exculpar a aquella preciosidad, el rostro que hizo zarpar mil barcos, de haber sido la causante de la destrucción de Troya. Lo veremos más detenidamente en otro capítulo, cuando trate la retórica epidíctica o demostrativa.

* Su discípulo Isócrates vivió noventa y ocho años. La retórica es buena para la salud.

¿Por qué tuvo un éxito tan inmediato la retórica en Atenas? En primer lugar, allí se estaban familiarizando con un experimento democrático radical y sin precedentes. Hasta principios del siglo V a. C. la asamblea popular no se convirtió en la depositaria central del poder en el Estado ateniense y las oligarquías y tiranías que la habían precedido no eran, por definición, un terreno fértil para el desarrollo del discurso público. Ahora, sin embargo, el principio del discurso persuasivo formaba parte de los fundamentos del gobierno. Los aristócratas que lamentaban el debilitamiento de su influencia veían una oportunidad para recuperar parte de esta, si lograban dominar las habilidades necesarias para controlar la asamblea.

¿Cómo era aquella asamblea? No se parecía mucho a lo que hoy consideramos democracia representativa, así que merece la pena hacer un breve esbozo de su funcionamiento. En la época en que Gorgias llegó a Atenas, había unas 300.000 personas viviendo en el Ática. Los varones mayores de edad que podían, y debían, votar en la asamblea general no constituían más de un cuarto de la población adulta total. Los esclavos no votaban. Las mujeres no votaban. Los metecos, o extranjeros residentes como el propio Gorgias, no votaban.

Para votar había que estar allí en persona, de forma que los ciudadanos que vivían fuera de la ciudad no podían ejercer su derecho. Por consiguiente, en la práctica, el poder estaba concentrado en manos de una reducida élite metropolitana.

El gobierno ateniense comprendía tres organismos principales. El primero era la Ekklesia, o asamblea general, compuesta por cualquier ciudadano que hubiera cumplido el servicio militar y alcanzado la edad adulta.

Al ser una democracia directa, más que representativa, se pertenecía al *demos* o cuerpo soberano por derecho, no por elección, y todas las decisiones se tomaban de acuerdo con

la norma de un hombre-un voto. El que no se presentaba no tenía voz.

Las decisiones de la asamblea general se encargaba de aplicarlas un cuerpo ejecutivo llamado Boulé, o consejo de los quinientos, lo más parecido que había en la antigua Atenas a los parlamentarios modernos. Sus miembros electos procedían de las tribus del Ática, cada una de las cuales enviaba a cincuenta hombres al consejo de forma muy similar a las circunscripciones rurales que hoy eligen a sus representantes.

No obstante, el consejo apenas tenía poder. Básicamente la función de sus miembros era proporcionar a la asamblea general la información que necesitara y después volver a las distintas tribus, dar a conocer las decisiones tomadas y asegurarse de que se cumplían. Por debajo de ellos, se encargaba de llevarlas a cabo un sistema de magistrados elegidos a suertes.

La tercera parte del panorama la constituyen los tribunales. Aquí, la antigua Atenas se asemeja a una democracia moderna incluso menos que en los casos anteriores; pues si su democracia parece menos democrática que la nuestra, sus tribunales están más alejados aún de los actuales.

Ya existía una especie de consejo de los ancianos, llamado Areópago*, integrado por ancianos expolíticos, que funcionaba como un tribunal de apelación aristocrático. Pero a mediados del siglo v a. C. —no mucho antes de que llegase Gorgias— la Heliaea**, que estaba abierta absolutamente a todos, se había apropiado de sus funciones judiciales. Cualquier ciudadano varón adulto podía formar parte de aquel jurado de 6.000 miembros. Y, presumiblemente, todo el mundo acudía, aunque solo fuera por la diversión.

* Así llamado, supuestamente, porque se reunía en una gran roca sobre Atenas. Pagos significa «gran roca».

** Así llamada, supuestamente, porque se reunía en el santuario del dios del sol, Apolo Helios.

Olvidemos a los doce hombres justos. El tamaño medio de un jurado en la Heliaea era de unos 500 miembros y no había quórum cuando la cifra era inferior a 201 (que ascendía a 401 en los casos que implicaban sumas sustanciales). En al menos una ocasión participaron los 6.000 miembros. Aunque estaban bajo juramento, no se les sometía a ninguna regulación, examen, supervisión o apelación. Y el Estado no ostentaba el monopolio de la acusación: cualquier ciudadano podía presentar su caso contra otro, lo que daba lugar a una sucesión de juicios motivados por el resentimiento o abiertamente políticos.

Solo cabe imaginarlo y asombrarse. Era un reñidero: una procesión interminable de fastidiosos litigantes y aventureros políticos ajustando cuentas personales entre los gritos y abucheos de un gentío incontrolable de... jurados. Esto era lo más parecido que podía haber al linchamiento institucionalizado. Es notorio que los jurados atenienses eran parciales y proclives a la condena, mostrando una beligerante preferencia por rebajar a los ricos y notables. Podemos imaginar que comparecer ante la Heliaea era como ser juzgado por los lectores del *Daily Express*, excepto en que en la Heliaea podía llegar a haber hasta 6.000 individuos.

No es de extrañar que la idea de aprender a convencer a una gran masa de gente resultara interesante para los aristócratas atenienses, la clase política tradicional, debilitada pero imbatida por el advenimiento de la democracia. Los aristócratas compraron lo que Gorgias vendía.

En cuanto la retórica se hubo establecido, la antirretórica hizo lo propio. Las mismas críticas que se hacen hoy en día quedaron establecidas entonces: que la retórica no es nada más que una colección de innobles artificios destinados a confundir y embaucar a una audiencia para que piense que el argumento más débil es el más fuerte. En su comedia *Las nubes*, Aristófanes satirizó la retórica como el arte del

razonamiento débil, «que con falsos argumentos triunfa sobre el fuerte» y las personificaciones del «Argumento Mejor» y del «Argumento Peor» escenifican su enfrentamiento. Como el protagonista de la obra reconoce, los discípulos del Argumento Peor ocupan todas las posiciones de poder y eminencia en la ciudad.

Platón presentó una oposición menos sarcástica, pero más contundente. Platón no confiaba en la democracia, y como veía con qué facilidad se podía hacer cambiar de opinión a la muchedumbre —estaba traumatizado por el asesinato judicial de su maestro y héroe, Sócrates—, no confiaba en la retórica. También le parecían sospechosos la naturaleza instrumental y los métodos turbios de la persuasión retórica, como efectivamente son, en comparación con la lógica estricta de la investigación filosófica.

En el orden político de la plebe que imperaba en el Ática podemos considerar a Platón —con su idealismo radical, su rigidez intelectual y odio a la chusma— una especie de antiguo precursor de Enoch Powell. Platón lanzó su ataque más sostenido a la retórica en su diálogo *Gorgias*, donde imagina a Sócrates sometiendo a un tercer grado al epónimo retórico. Sócrates es, con diferencia, el que sale mejor parado del encuentro.

En primer lugar, Sócrates va llevando a Gorgias al terreno que le interesa, induciéndole a que reconozca que «la retórica es la artífice de la persuasión, y a ello abocan toda actividad y meta de esta». «¿Eres capaz de decir que la retórica puede tener algún otro efecto, aparte de inducir la persuasión en el ánimo de los oyentes? », le pregunta. Gorgias admite: «En absoluto, Sócrates. Más bien me parece que la has definido satisfactoriamente, puesto que esta es su meta».

Gorgias relata más tarde que con frecuencia ha acompañado a su hermano Herodicus, que es médico, a visitar a pacientes que no quieren someterse a algún tratamiento y que su oratoria es mucho más eficaz que los razonamientos médicos

para convencerlos. Aquí Sócrates salta. En ese caso, la oratoria es más eficaz con una audiencia ignorante que con una bien informada, ¿no? Y el orador no necesita saber nada de medicina, ¿eh?

SÓCRATES: Así que el que no sabe nada será más persuasivo entre los que no saben que el que sabe, cuando el orador es más persuasivo que el médico. ¿Es esto lo que sucede o no?

GORGIAS: Eso es lo que sucede al menos en este caso.

SÓCRATES: ¿Y se encuentra también el orador en igual disposición con respecto a las artes restantes? ¿Y la retórica? Esta no necesita saber la verdad de las cosas, sino disponer de un mecanismo de persuasión de modo que a los que no saben les dé la impresión de saber más que los que saben.

Esta ha sido desde entonces la principal acusación contra la retórica: que proporciona al ignorante verosímil o al egoísta hipócrita —el miserable o el loco— poder sobre los buenos y los prudentes. En consecuencia, está emparentada con los argumentos que se presentan contra la democracia misma.

El hecho de que la sofística tenga mala reputación en la actualidad es obra de Platón. Los sofistas —uno de cuyos primeros ejemplos fue Gorgias— esencialmente no eran más que tutores privados que enseñaban filosofía y retórica a los aristócratas atenienses. Para la clase política de Atenas se hicieron indispensables.

Se puede ver a los sofistas como los *spin doctors* o creadores de opinión de la edad de oro ática, en la que también surgió una clase de escritores de discursos o *logographoi*. Como los litigantes debían representarse a sí mismos ante los tribunales, los que podían permitírsele encargaban un discurso a un profesional. Atenas se convirtió en el centro de una floreciente industria retórica y, con ella, surgió un creciente interés por sistematizar ese arte.

Gorgias y los demás sofistas enseñaban y trabajaban improvisando. Tenía que llegar un gran hombre. El Newton de la retórica —la persona cuya obra se proyecta en toda la historia de este ámbito— fue, por supuesto, Aristóteles.

Su *Retórica* es una fuente que utilizo a lo largo de este libro, tanto en sus argumentos como en su estructura. Fue Aristóteles quien identificó de forma definitiva las tres ramas de la oratoria —deliberativa, judicial y epidíctica— y los tres recursos de la persuasión —ethos, pathos y logos— que se utilizan en ellas indistintamente. Estas tríadas han resultado ser duraderas.

A Aristóteles también se le debe el lugar de la retórica en las artes liberales, pues la convirtió en objeto de estudio sistemático y encontró para ella un lugar en su sistema de pensamiento. La retórica era, para Aristóteles, la prima díscola de la dialéctica: su método no era «esto, por lo tanto eso» sino «probablemente esto, así que seguramente eso», y su objeto no era el conocimiento sino la persuasión. La retórica, afirmó, era una *techné*: una habilidad práctica. Se podía enseñar.

Aristóteles fue una figura extraordinaria. No solo estableció los principios que han seguido todos los estudios posteriores de cómo funcionan la poesía y el teatro, sino que más o menos inventó la lógica formal, sentó las bases del método científico, produjo avances significativos en la teoría política, la ética, la zoología y, por lo que yo sé, un miércoles por la tarde que no tenía nada mejor que hacer inventó el monopatín.

Nacido en el 384 a. C., era hijo del médico personal del rey de Macedonia. Fue educado como un aristócrata y enviado a la Academia de Atenas a los diecisiete años para estudiar filosofía con Platón. Permaneció allí dos décadas y, al parecer, en general fue un fiel seguidor de su maestro.

Por eso resulta un tanto extraño que acabara siendo el gran estudioso de la retórica y, de hecho, también de la poética. Como he dicho, Platón desconfiaba de la retórica, lo mismo que desconfiaba de la poesía y del teatro. La retórica ensucia las lentes del filósofo, le arroja arena al rostro y permite al demagogo quedarse con la chica (o quizá con el chico).

Aristóteles era discípulo de Platón y parece que, inicialmente, esa también fue su posición. Pero asimismo era un hombre práctico. Platón tenía una sensibilidad de matemático, sus investigaciones de la realidad solo se desarrollaban en su mente. Las investigaciones de Aristóteles eran más prácticas: cuando quería saber cómo era el interior de un pulpo, cogía un escalpelo y diseccionaba uno.

Por la época en que murió Platón, Aristóteles —acaso irritado porque no se le ofreció la dirección de la Academia del maestro o porque, debido a razones políticas, los macedonios cada vez eran menos populares en Atenas— abandonó la ciudad.

No regresó hasta el 335 a. C. —cuando, entre otras cosas, Atenas volvió a ser segura para los macedonios—, a la edad de cincuenta años, y fundó su propia escuela, el Liceo. Cuando escribió la *Retórica* estaba respondiendo a un problema directamente práctico. Aristóteles necesitaba atraer alumnos y como su rival, Isócrates, enseñaba retórica, el Liceo tenía que estar en condiciones de competir. La necesidad es la madre de la ciencia.

En muchos aspectos la *Retórica* es un tanto confusa. No era un libro destinado a publicarse, sino que más bien parece una colección de notas para las charlas que Aristóteles daba a sus alumnos o los apuntes tomados por los alumnos durante las charlas. Estilísticamente, es de una sobriedad espartana, mejor dicho, ática.

La *Retórica* nos presenta a Aristóteles como el observador austero y abatido, a veces un tanto perplejo, de un mundo

envilecido: un mundo en el que los jóvenes son necios y los viejos mezquinos, la mayoría de la gente cometería un delito si pensara que no iba a ser descubierta y los manipuladores astutos y bribones pueden ganarse al público con la mayor facilidad.

Sus argumentos, aunque con frecuencia son de una concisión gnómica, se ilustran con ejemplos inesperados: un ojo morado es comparado a una cesta de moras («porque el ojo morado es de color púrpura y la cesta de moras también aunque en una magnitud mayor»), por ejemplo, o un arco a «una lira a la que falta una cuerda».

También hay en ella algún que otro chismorreo antiguo. Por ejemplo, nos enteramos de que, entre los espartanos, el pelo largo en un hombre es una marca de nobleza: «Porque ello es indicio de que se trata de un hombre libre, y es que no es fácil hacer trabajos a sueldo si uno se ha dejado crecer el pelo». También nos habla de Polícrates, que pronunció un panegírico a los ratones que royeron las cuerdas de los arcos de un ejército asirio invasor.

Pero todo esto no son más que jugosas anécdotas. Lo importante es que la obra está a medio camino de ser un manual: no se trata de un ejercicio académico, sino de un curso introductorio a los principios básicos de la composición de discursos. Y si está a medio camino de ser un manual, también lo está de ser otra cosa. Es un intento de formular una teoría de la retórica y darle un lugar en la filosofía. Aristóteles trató de rescatar la retórica de su función puramente instrumental: el logro retórico más alto, en su opinión, era una expresión de la *areté*, la virtud.

En vez de enseñar una serie de consejos y trucos para el éxito momentáneo, como haría un sofista embaucador, Aristóteles intentó crear una visión coherente de por qué funcionaban esos consejos y trucos. Se podría decir que si otros maestros de retórica enseñaban a conducir, Aristóteles era

un mecánico de coches. No se limitaba a saber dónde estaba el acelerador, quería saber qué ocurría bajo el pedal.

Así que cuando comprendemos qué se propuso Aristóteles —que su teoría de la retórica también es esencialmente una teoría de la naturaleza humana—, no podemos evitar sentir admiración. En su concepción, tanto los medios como los fines de la retórica participan de las más profundas cuestiones humanas. Sostiene que el objeto de la retórica deliberativa, por ejemplo, es la «felicidad», y por lo tanto busca definir qué constituye el bien. En relación con la retórica judicial investiga qué queremos decir con justicia y equidad. Y, en cada caso, está atento a la noción de que lo que se dice ha de adecuarse a la audiencia que lo escucha, por lo que todo —desde lo que resulta verosímil en cuanto al motivo hasta la estética del estilo de la prosa— queda dentro del alcance de su obra.

En otras palabras, Aristóteles resplandece porque fue la primera persona que se dio cuenta de que el estudio de la retórica es el estudio de la humanidad misma.

¿Y qué vino después? Sería necesario un libro distinto, mucho más extenso y erudito, para trazar en detalle el desarrollo de la enseñanza y la teoría de la retórica entre el mundo antiguo y el presente. Pero merece la pena presentar un esbozo. Si usted está impaciente por pasar a los mecanismos de la retórica, no dude en saltárselo. Pero para comprender cómo las cosas llegaron a ser lo que son, resulta útil tener un sentido de la historia. Si consideramos la tradición clásica de la retórica como un río, mientras fluye hasta el presente forma varios recodos y a veces se hace subterráneo. No digo esto en sentido figurado: las obras de Aristóteles, por ejemplo, pasaron un par de centenares de años en un sótano de lo que hoy es el occidente de Turquía antes de que alguien las sacara a la luz en el siglo I a. C.

Cicerón, la gran eminencia de la época romana, aunque siguió a Aristóteles, quizá no conociera su obra de primera mano. Después de él, el hispanorromano Quintiliano escribió la extraordinariamente vigorosa y pragmática *Institutio Oratoria**, en la que recordaba melancólicamente al maestro, en el siglo I d. C.

El otro gran texto romano que pervive es *Ad Herennium*, aproximadamente contemporáneo de Cicerón y al que se le atribuyó durante siglos. Gracias en parte a esa atribución equivocada, *Ad Herennium* fue el manual más popular hasta el Renacimiento. Con toda probabilidad Shakespeare lo conocía.

Pero antes de llegar a Shakespeare hemos de atravesar la Edad Media, cuando está demostrado que la gente se comunicaba con gruñidos, bufidos y entrechocar de hachas**, y nadie prestaba mucha atención a las teorías aristotélicas de la metáfora. Afortunadamente, el mundo islámico permanecía alerta y la mayoría de los textos clásicos que tenemos actualmente se conservaron en su traducción árabe. En el Renacimiento temprano se retradujeron del árabe y volvieron a Occidente.

En los siglos siguientes hubo dos influencias decisivas en la forma en que se desarrolló la retórica: el cristianismo y la palabra escrita. Los textos clásicos fueron forzados a adaptarse a un molde cristiano cuando estudiosos como san Agustín y santo Tomás de Aquino buscaron formas de presentar a los antiguos como cristianos *avant-la-lettre*. Y, por supuesto, en los sermones el cristianismo ofrecía una ocasión formal habitual de hablar en público. Teníamos una forma de oratoria deliberativa cuyo objetivo no era tanto el bien en la política pública como ganar o mantener los espí-

* Se suele traducir como *Instituciones oratorias*. [N. de la T.]

** Por razones de espacio se imponen ciertas simplificaciones históricas.

ritus; y en la teodicea —la justificación de Dios y su relación con los hombres—, así como en otros aspectos de la apologética cristiana, se manifiestan aspectos judiciales y epidícticos de la retórica cristianizada.

Por otra parte, el hecho de que la transmisión sea escrita, en vez de oral, tiene consecuencias de gran alcance. La principal mutación fue el desarrollo del *ars dictaminis*: un cuerpo de sabiduría aceptada sobre la escritura de cartas que seguía los cánones clásicos de la retórica y los aplicaba en forma epistolar. En el Renacimiento la retórica ya ocupaba un lugar tan central en la cultura como hábito del pensamiento que determinaba la forma en que se enfocaba el conocimiento. Por ejemplo, la *Apologia pro Tychone contra Ursum*, de 1601, de Johannes Kepler, es un discurso judicial... sobre el tema de la astronomía. *Defensa de La poesía*, que sir Philip Sidney escribió en la década de 1580, tiene la forma de un discurso clásico de siete partes.

En *Trabajos de amor perdidos*, Shakespeare hace que Browne se lamente:

Frasas de tafetán, precisos términos de seda,
hipérboles exageradas, afectación pulida,
figuras pedantes; esas moscas de estío
me han inflado de vacua ostentación...

Eso pone claramente de manifiesto que Shakespeare no solo conocía las «hipérboles exageradas» y las «figuras pedantes» de la retórica formal, sino que pudo haber supuesto que su público estaría lo suficientemente familiarizado con ellas como para responder con exclamaciones de reconocimiento.

Y seguramente lo estaba. En la época de Shakespeare, la retórica ocupaba un tercio de la educación básica. El currículo de la escuelas consistía en gramática, lógica y retórica,

un sistema de tres partes denominado «trívium», que se consideraba el fundamento del saber. Constituía la base del «cuadrívium» —aritmética, geometría, música y astronomía—, más difícil, que los estudiantes debían aprender a continuación. Las siete materias en conjunto se llamaban las «artes liberales». Así había estado organizada la educación desde la Edad Media.

Esa división de las artes liberales no es accidental: articula un sistema de pensamiento coherente. Las tres artes del trívium están relacionadas con la mente, mientras que las cuatro del cuadrívium lo están con la materia. La hermana Miriam Joseph* categorizó la relación de las artes triviales de la siguiente forma: la lógica se interesa por la cosa como se conoce, la gramática por la cosa como se simboliza, y la retórica por la cosa como se comunica. Considera a la retórica «el arte maestra del trívium».

En el Renacimiento el arte de la retórica se solapaba sustancialmente con las artes del drama y la poesía, no solo por sus congruencias formales en cuanto al ritmo, efectos de sonido, metáforas, etcétera, sino porque quienes querían poner el lenguaje al servicio del poder eran cortesanos de un monarca absoluto, no ciudadanos de la democracia atenien-

* ¡Sí, una mujer! ¡Y, además, monja! Muchos lectores habrán pensado que no iban a encontrar mujeres ni monjas en este libro, pero ahí está. La hermana Miriam Joseph (1898-1982), nacida Agnes Lenore Rauh, fue una monja estadounidense que estudió periodismo antes de hacerse novicia. Pasó la mayor parte de su vida adulta enseñando en el departamento de inglés de una universidad católica. Movida por la conferencia de un profesor invitado de la Universidad de Chicago sobre «La base metafísica de las artes liberales», la hermana Miriam intentó restablecer el antiguo trívium como curso obligatorio para los estudiantes de primero de Filología Inglesa. Entonces escribió una tesis doctoral sobre el efecto de la retórica formal en el lenguaje de Shakespeare y siempre abogó por la introducción del trívium en la educación. Es autora de *The Trivium: The Liberal Arts of Logic, Grammar and Rhetoric – Understanding the Nature and Function of Language* (1937).

se. La poesía y el drama estaban profundamente imbricados en redes de patronazgo: loas, dedicatorias de adulación, circulares groseras y mordaces «certámenes verbales» con los rivales.

La obra de George Puttenham (h. 1530-1590), que en 1589 escribió un libro titulado *The Arte of English Poesie*, considerado «el texto central de la poética cortesana isabelina»³, nos permite asomarnos a aquel mundo.

En el primer libro del *Arte*, una historia de la poesía, Puttenham es claro: «Cómo los poetas fueron los primeros filósofos, los primeros astrónomos, historiógrafos, oradores y músicos del mundo»:

Así pues, el hombre recibe por naturaleza la articulación y el lenguaje para persuadir a los demás y ayudarse a sí mismos [...] y la poesía es] más elocuente y retórica que la prosa ordinaria, que utilizamos en nuestra conversación cotidiana: porque está embellecida y se exhibe con toda suerte de lozanos colores y figuras, en virtud de los cuales nubla el juicio de un hombre, y guía su opinión por este camino, aquel hacia el que la impresión del oído incline con más afecto al corazón y lo dirija [...] Por todo esto los poetas fueron también desde el principio los más persuasivos y su elocuencia fue la primera retórica del mundo.

Por lo tanto, cuando Puttenham escribía sobre poética, también estaba hablando de retórica. Se le recuerda principalmente por su heroico intento de naturalizar las figuras y tropos de la oratoria clásica, dándoles nombres y ejemplos ingleses. Su uso nunca llegó a imponerse a nivel general, pero siguen siendo una entretenida curiosidad histórica.

Enumera 121 figuras y las organiza de acuerdo con una taxonomía que hoy resulta muy útil, agrupándolas de

acuerdo con sus efectos*. Puttenham hablaba de «figuras del oído» y «figuras del entendimiento» —esto es, las alteraciones del lenguaje que hacen que una frase suene mejor y las que afectan a su argumento—, y las subdividió en figuras que operaban por «desorden», «exceso» o «intercambio».

La *aliteración* recibe el nombre de «letra igual»**, por ejemplo. A la *sinécdoque* —utilizar una parte para referirse al todo, como cuando se dice «un rebaño de cien cabezas» o «ruido de sables»— la llama «aguda ocurrencia». La *erotema* es «la interrogadora». El *zeugma* —la figura en la que un solo verbo gobierna varios sujetos, como en «apagó la luz y el cigarro»— se llama «provisión única».

La *hipérbole* es «la gran mentirosa» o «la desmesurada». La *antífrasis*, el uso sarcástico de una palabra para decir lo opuesto —por ejemplo: «ya habló Einstein»— se denomina «burla descarada». Y el *micticismo* (un insulto que va acompañado de un gesto: «te hago una pedorreta») está magníficamente naturalizado como «adefesio burlón».

Los términos de Puttenham unas veces son concretos y otras más imaginativos. La *epizeuxis* —la repetición de una palabra sin nada entre medias: «tira, tira, tira»— nos trae a la mente las moquetas que se extienden de pared a pared

* De hecho, dicha taxonomía es una de las formas en que se puede consultar un recurso *online* absolutamente inestimable: *Silva Rhetoricae* (<http://rhetoric.byu.edu/>) o «Bosque de la retórica». Contiene los nombres griegos, latinos e ingleses de las figuras, y se pueden buscar individualmente así como navegar por grupos: figuras «de amplificación», «de equilibrio», «de exageración» y cualquier cosa que se le ocurra. Todo lo que recomiende este sitio, mantenido por el doctor Gideon Burton, de la Brigham Young University, es poco. Tres hurras para los mormones.

** En inglés «Like Letter», por lo que el propio nombre, al empezar las dos palabras con «l», ya ejemplifica la aliteración. [N. de la T.]

cuando Puttenham la denomina «la estera» (o «el sortilegio del cuco»).

Considerado desde nuestra perspectiva, el proyecto de dar nombres ingleses a las figuras clásicas del lenguaje parece quijotesco en el mejor de los casos: algo así como el intento de George Bernard Shaw de racionalizar la ortografía inglesa, las campañas feministas de la década de 1970 por introducir *herstory* y *womyn** en el lenguaje estándar, la cruzada de la Académie Française contra los préstamos anglosajones o la ilusión de que el esperanto se convirtiera en una lengua universal.

Pero, en aquella época, incluso pudo haber parecido sensato. Después de todo, los términos latinos y los griegos sobreviven en variaciones más o menos libres, y los equivalentes ingleses de Puttenham no dejan de tener su encanto, si bien a veces resultan un tanto extravagantes. Incluso si se equivocó, su legado nos enriquece.

Sin embargo, lo más cómico sobre Puttenham es que sobrevive no solo por su trabajo sobre la retórica, sino como un ejemplo de su eficacia. Sería fácil dar por supuesto —como se hizo durante muchos años— que el autor de *The Arte of English Poesie* era como se representaba a sí mismo: un cortesano experimentado y urbano, educado y viajado, con acceso a los círculos íntimos de la corte isabelina.

La realidad es que Puttenham era tan caballeroso como Jonathan Aitken, tan devoto de su esposa como Hugh Hefner y estaba tan bien relacionado con los círculos de la corte

* *Herstory*, «historia de ella» literalmente, se refiere a la historia escrita desde una perspectiva feminista y que pone de relieve el papel de las mujeres. *Womyn* es una forma alternativa de escribir «women» (mujeres) por parte de autoras feministas que quieren evitar utilizar al hombre como norma, pues «men» significa hombres. [N. de la T.]

como yo. Era estafador, tramposo, maleducado y sinvergüenza. A lo largo de su vida pasó varias temporadas en la cárcel, le demandaron judicialmente incontables veces, se negó a pagar la pensión a su esposa, dejó embarazadas y abandonó a una sucesión de sirvientas, planeó castigar con una paliza a los sacerdotes poco modélicos y en una ocasión secuestró a una adolescente y la retuvo como esclava sexual*. Como lo resume Steven W. May en su artículo: «En la biografía revisada de Puttenham figuran maltrato a su cónyuge, esclavitud sexual y varias excomuniones de la Iglesia de Inglaterra».

Ahora sabemos que gran parte de lo que decía del estilo cortesano isabelino era completamente falso y es evidente que May disfruta señalando lo zafia que es su supuestamente cortesana poesía: «Dejando de lado el refinamiento cortesano, el simple sentido común habría impedido a cualquiera de los cortesanos de la reina describirla, ni siquiera por analogía, como una “amargada marchita”».

Ahora es fácil reírse, pero su fraude engañó a todos. Durante la mayor parte de medio siglo, el autor de *The Arte* fue tenido por un elevado cortesano y su obra por el fruto de un profundo conocimiento privilegiado. Más aún, su lugar en los cánones de la poética y la retórica ha sobrevivido al descrédito personal de su autor.

Se decía que Puttenham era «aficionado a las disputas, las prácticas insidiosas y los artificios difamatorios [...] extremadamente astuto a la hora de deformar la verdad, elocuente en sus palabras y su discurso, y poseía mucho talento para la invención de agravios»⁴. Aunque la intención de estas palabras no era elogiosa, ¿podría haber un epitafio mejor para un retórico?

* Su esposa puso término a la situación cuando la descubrió y escribió a Puttenham con sequedad: «Tengo bajo mi custodia a la señorita que has elegido, según ha confesado, para tu disfrute».

Fuera del ámbito de la poesía cortesana, la tradición de los textos de retórica siguió floreciendo. Brian Vickers, estudioso de la retórica, afirma que entre 1400 y 1700 se publicaron unos 2.000 libros sobre el tema. En las escuelas no se favorecía la originalidad al estudiar la retórica. La educación era repetitiva y aburrida: había que memorizar *sententiae* (aforismos) y analizar las *Metamorfosis* de Ovidio u otros textos igualmente reverenciados, identificando las figuras retóricas y anotándolas en los márgenes (el ejemplar de Milton del *Orlando furioso* está marcado de esta forma).

En el siglo XVIII empezó a ponerse más énfasis en la acción, y la «elocución» arraigó como una disciplina por derecho propio. Proliferaron los profesores y los manuales, que enseñaban cómo había que vestirse, las posturas y gestos que convenía adoptar y las modulaciones de voz adecuadas; como mostraba *Pigmalión* en 1912, el vínculo entre la elocución y la clase aún era determinante en la sociedad británica más de un siglo después.

Una de las eminencias olvidadas del siglo XVIII es el maestro y religioso escocés Hugh Blair (1718-1800), cuyas *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* alcanzaron 130 ediciones a lo largo de más de un siglo. Admirado por Jane Austen, el doctor Johnson y David Hume, a él se debe la primera edición escocesa de Shakespeare y una edición uniforme en cuarenta y cuatro volúmenes de los poetas ingleses. Tres décadas después de su muerte se decía de él que tenía «tanto gusto y talento que su mente rayaba en la genialidad»⁵.

En su obra sobre la retórica, Blair aplicó un nuevo enfoque a la tradición, haciendo hincapié en la importancia de cultivar el gusto propio y del genio individual sobre «la imitación servil de cualquier autor», y la palabra escrita sobre la hablada.

No obstante, coincidía con Quintiliano en que había una relación vital entre la virtud y la excelencia retórica. «El lenguaje —escribió en la Introducción— es el gran instrumen-

to gracias al cual el hombre es beneficioso para el hombre, y es al intercambio y la transmisión de pensamientos, por medio del lenguaje, a lo que debemos principalmente el perfeccionamiento de los pensamientos mismos».

Hoy sigue teniendo validez su advertencia sobre la mala o falsa retórica:

Los adornos de la composición se han utilizado para disimular la falta de contenido o para ocupar el lugar de este; y se ha buscado el aplauso momentáneo de los ignorantes en vez de la aprobación duradera de los juiciosos. Pero semejante impostura nunca puede mantenerse por mucho tiempo. El conocimiento y la ciencia han de aportar los materiales que constituyen el cuerpo y la sustancia de toda composición valiosa. La retórica sirve para pulirlos, y sabemos que solo pueden pulirse bien los cuerpos firmes y sólidos⁶.

El siglo XVIII también presenció varios cambios radicales en la forma de gobierno. Las revoluciones francesa y estadounidense propiciaron que los sistemas tiránicos fueran sustituidos —al menos, sobre el papel— por democracias representativas. Recordando lo que dijo Zhou Enlai, todavía es pronto para valorar su impacto, pero, cuando la idea de democracia cobró popularidad en Occidente, se reforzó la importancia y la efectividad de la retórica como herramienta de influencia política. Las asambleas representativas se configuraron, en mayor o menor medida, siguiendo los modelos del mundo antiguo. En cierto sentido, el círculo se había cerrado.

Sin embargo, en los siglos XIX y XX el estudio de la retórica quedó marginado en colegios y universidades. Su asociación con los clásicos, que en el siglo XX fueron desapareciendo de los planes de estudio, no le favoreció. Su territorio se vio colonizado de forma gradual por disciplinas más modernas,

de apariencia más científica, como la lingüística, la psicología y la crítica literaria. Pero, como sostenía al comienzo de este capítulo, la práctica de la retórica siguió floreciendo y extendiéndose, y actuando de formas a las que se podían aplicar las antiguas herramientas de estudio e interpretación. Estas herramientas se describen con más detalle en los capítulos siguientes.

Seguramente echará en falta mujeres en la historia de la retórica. Por supuesto, desde Isabel I de Inglaterra hasta Emmeline Pankhurst, ha habido mujeres que han pronunciado discursos ardientes. Pero también es cierto que, en general, la retórica ha sido un asunto masculino. No solo porque, en la sociedad occidental, los hombres han sido los que, en general, han ocupado los puestos que daban la ocasión de pronunciar discursos, sino también porque, con pocas excepciones, a ellos era a quienes se educaba para pronunciarlos y sus discursos tenían más probabilidades de quedar registrados.

De hecho, el momento en que las escuelas dejaron de enseñar la retórica tradicional coincidió aproximadamente con la llegada de las niñas a las aulas. Y el momento en que las mujeres no solo adquirieron los derechos políticos sino que también pudieron ejercerlos en los parlamentos, los tribunales y los consejos de administración del mundo moderno estuvo muy próximo a aquel en que nuestra larga historia de entender la retórica y reflexionar sobre ella se hundió en las aguas del Lete.

Y aquí estamos. Pero esos grandes terremotos sociales significan que, incluso si nos parece que el punto culminante de la retórica masculina pertenece al pasado, tenemos la certeza de estar presenciando los comienzos de una gran era en la retórica de las mujeres. Con Margaret Thatcher como nuestro Cicerón podemos esperar grandes cosas.